

LA PERSONA DE JESUCRISTO

RUDOLF SCHNACKENBURG

La persona de Jesucristo

Reflejada en los cuatro Evangelios

Traducción del alemán
CONSTANTINO RUIZ-GARRIDO

Herder

Título original: Die Person Jesu Christi
Traducción: Alejandro Esteban Lator Ros
Diseño de la cubierta: Claudio Bado y Mónica Bazán

1ª edición, 3ª impresión

© 1993, *Verlag Herder, Friburgo de Brisgovia*
© 1998, *Herder Editorial, S.L., Barcelona*

ISBN: 978-84-254-2021-4

La reproducción total o parcial de esta obra sin el consentimiento expreso
de los titulares del *Copyright* está prohibida al amparo de la legislación vigente.

Imprenta: Service Point F.M.I., S.A.
Depósito legal: B-10.153-2010
Printed in Spain

Herder
www.herdereditorial.com

A MIS MUY APRECIADOS COLEGAS Y COMPAÑEROS DE VIAJE,
PROFESOR HEINZ SCHÜRMANN (ERFURT)
Y PROFESOR EDUARD SCHWEIZER (ZURICH),
DOCTORES EN TEOLOGÍA,
A QUIENES TANTO DEBO EN MIS ESTUDIOS,
DEDICO ESTA OBRA EN TESTIMONIO DE GRATITUD
EN EL LXXX ANIVERSARIO DE SU NACIMIENTO.

PREFACIO

El malestar por el método histórico-crítico, que condujo a muy diferentes resultados en la investigación acerca de Jesús, a la que yo me siento obligado desde el auge adquirido por la exégesis bíblica católica por la publicación de la encíclica *Divino Afflante Spiritu* (1943), me impulsó a intentar un acceso distinto a la persona de Jesucristo, aquel que vino a la historia y que ahora sigue viviendo junto a Dios y en la Iglesia. Este ensayo toma como punto de partida la visión de fe de los cuatro evangelistas, que se basa en tradiciones históricas y que condujo en cada caso a una imagen de Jesucristo diversificada según el tiempo y las circunstancias. Gracias a ello los fundamentos históricos son elevados a una imagen de fe que queda reflejada de manera distinta en los cuatro evangelios, pero que permite reconocer una común convicción de fe, que seguirá mostrando el camino a los sucesivos siglos hasta llegar a nuestro tiempo.

Soy plenamente consciente de la problemática de semejante empresa. Me lo pensé mucho tiempo, antes de decidirme a publicar esta obra, que pretende servir en último término a Jesucristo, que vive, que pervive y que es una exigencia actual para nosotros. Es una obra problemática, porque las personas de hoy día, impulsadas por el racionalismo bíblico «ilustrado», las ciencias bíblicas y los medios modernos de comunicación, se preguntan constantemente qué es lo que sucedió realmente, qué es lo que sabemos efectivamente acerca de Jesús de Nazaret y qué es lo que podemos afirmar con seguridad acerca de él. Pero yo creo que, por el plan y la intención de las únicas fuentes de que disponemos, que son los cuatro evangelios, hemos de superar ese horizonte histórico y, a pesar de todas las dificultades de la tradición y de la redacción, preguntarnos qué es lo que esas fuentes quieren decirnos realmente. Está bien claro que las fuentes se dirigen,

como destinataria, a la comunidad creyente, aunque cada una de ellas lo hace según su correspondiente situación y sus peculiares intenciones. Así que el libro se asienta entre la fe y la historia, no sin echar una mirada retrospectiva a las investigaciones críticas acerca de Jesús, cuyos resultados voy a tener en cuenta, aunque no los examine con detalle. Amigos y colegas me animaron a que me atreviera a emprender este ensayo.

En la realización de esta tarea me he atenido a lo que yo creía reconocer en los diversos evangelios. He ido siguiendo, por tanto, la exposición de los evangelistas (capítulos 2-5), para intentar ofrecer luego una visión de conjunto y un resumen. Los diversos capítulos necesitarían todavía una revisión crítica según todos los conocimientos adquiridos por la exégesis acerca del procedimiento y las intenciones de los evangelistas. Pero no me es posible adentrarme en publicaciones tan extensas y divergentes. Me he limitado a lo que yo creí reconocer como una visión sostenible, merecedora de consenso y que contribuyera a avanzar en los conocimientos. Por tanto, la reducida utilización de las publicaciones no debe entenderse como si yo quisiera menospreciar o prescindir de los numerosos trabajos de mis colegas eruditos y críticos. Mi obra, nacida de largos años de investigación y reflexión, pretende ser un impulso para reflexionar de nuevo sobre cuestiones fundamentales. Quiere prestar un servicio a los cristianos de fe que hoy día se sienten inseguros por las investigaciones científicas y los discursos críticos, a fin de mantenerlos firmes en la fe en la persona de Jesucristo como Redentor y Salvador del mundo.

Quiero dar las gracias principalmente a la señora Hannelore Ferner por su incansable ayuda en la tarea de poner por escrito e informatizar esta obra, y al señor Franz Johna, corrector y revisor de la Editorial Herder, por la atención dedicada al manuscrito.

RUDOLF SCHNACKENBURG
Wurburgo, febrero de 1993

ÍNDICE

Prefacio	9
----------------	---

CAPÍTULO PRIMERO

LA FE Y LA HISTORIA

1. Jesús de Nazaret — Jesús el Cristo (Jesucristo)	16
2. El Evangelio	26
3. El «Evangelio en cuatro formas»	32

CAPÍTULO SEGUNDO

MARCOS

I. <i>La descripción de la actividad de Jesús</i>	38
1. La proclamación de Jesús	38
2. Jesús y su actividad de enseñar	41
3. Curaciones de enfermos y expulsiones de demonios	49
4. Actos de poder y epifanías	54
5. Confrontaciones y conflictos	59
6. El camino de Jesús hacia el sufrimiento y la muerte	69
II. <i>Predicados de dignidad y títulos de Jesús</i>	76
1. El Hijo de Dios	76
2. El Hijo del hombre	86
3. Otros predicados de dignidad de Jesús	98
4. El denominado «secreto mesiánico»	104

CAPÍTULO TERCERO

MATEO

I. <i>La historia de Jesús, tal como Mateo la narra</i>	118
1. El marco de la historia de Jesús en Mateo, más extenso que el de Marcos	118
2. El horizonte judeocristiano y gentilcristiano de la historia de Jesús	133
3. La Iglesia como espacio de la continuada actividad de Jesús	141
II. <i>La imagen de Jesucristo en el Evangelio de Mateo</i>	150
1. Predicados cristológicos aplicados a Jesús	150
2. El que cumple las predicciones y promesas del Antiguo Testamento	165
3. El Enviado de Dios exige una justicia nueva y mayor	174

CAPÍTULO CUARTO

LUCAS

I. <i>La perspectiva fundamental</i>	203
1. El Enviado de Dios con el poder del Espíritu Santo	203
2. El proclamador del Evangelio de la gracia	210
3. El Salvador, Mesías y Señor presentado a los judíos y a los griegos	218
4. El Señor exaltado que por medio de la muerte y la resurrección llegó hasta Dios	229
5. El que conduce por el camino de la salvación.	241
6. El Señor que viene de nuevo.	252
II. <i>Algunos rasgos particulares</i>	267
1. La humanidad de Jesús	267
2. La acción de Jesús en favor de los pobres y de los desgraciados	280
3. La atención prestada por Jesús a las mujeres	291
4. El Jesús orante	307

CAPÍTULO QUINTO

JUAN

I. <i>Acceso al Evangelio de Juan y a su cristología</i>	320
1. El horizonte histórico	322

2. El Evangelio de Juan como escrito evangélico	330
3. La estructura del Evangelio de Juan	334
4. La imagen joánica de Cristo en comparación con la de los Evangelios sinópticos	349
5. El acceso hermenéutico a la imagen joánica de Cristo	353
II. <i>Enunciados particulares de la cristología joánica</i>	359
1. El Enviado	360
2. El Hijo unido con su Padre	367
3. El Hijo del hombre que descendió del cielo y que asciende de nuevo a él	373
4. El Profeta escatológico	389
5. El Cordero de Dios	397
6. El <i>Logos</i> preexistente y encarnado	407

CAPÍTULO SEXTO

EL EVANGELIO EN CUATRO FORMAS COMO TESTIMONIO VARIADO Y NO OBSTANTE HOMOGÉNEO ACERCA DE CRISTO

I. <i>Una imagen diferente de Jesucristo</i>	422
1. La imagen en los Evangelios	422
2. Modificaciones de la imagen marquina de Jesús en Mateo	424
3. La imagen lucana de Jesús en comparación con Marcos y Mateo	430
4. El paso a la cristología joánica	436
II. <i>La imagen homogénea de fe acerca de Jesucristo, subyacente en las diversas proyecciones</i>	437
1. La convicción acerca de Jesús el Mesías	437
2. La fe en Jesús, el Hijo de Dios	439
3. Jesús, el que trae la salvación	442
4. El enteramente Otro, el que da testimonio entre los hombres acerca de Dios y de su majestad	444
III. <i>La imagen de fe de los evangelistas acerca de Jesucristo en relación con el histórico Jesús de Nazaret</i>	447
Perspectiva final	457

CAPÍTULO PRIMERO

LA FE Y LA HISTORIA

La fe y la historia se hallan en característica interacción. A lo largo del tiempo aparecieron incesantemente movimientos de fe que influían en el curso de la historia y lo modificaban. Figuras destacadas arrebatában, con su convicción de fe, a personas y pueblos para que les siguieran en su camino. De la historia se alza una fe, y esa fe influye a su vez históricamente. Las repercusiones de tales convicciones de fe no sólo se dejan sentir en el ámbito personal, en la conducta de los individuos, sino que se extienden también a las relaciones culturales, sociales y políticas. Asimismo, los dirigentes políticos se hallan bajo la influencia de concepciones del mundo y de la vida y de ideologías. Todos los monarcas y los caudillos, los propagandistas y los anunciadores de un programa para transformar el mundo están dominados por las ideas que brotan de una determinada manera de pensar. Pero ninguna de esas influyentes ideas penetra tan hondo como un mensaje religioso, por el cual las personas se sienten conmovidas en lo más íntimo e impulsadas hacia una nueva visión del mundo y a plasmar de manera nueva su propia existencia. La filosofía y la religión son los manantiales de los que fluyen las reflexiones y el afán de búsqueda de los hombres, las ocultas fuerzas propulsoras de los acontecimientos externos del mundo.

El cristianismo procedió también de un mensaje religioso, que desde hace ya casi 2000 años mueve la vida intelectual, cultural y social de gran parte de la humanidad. Precisamente en el cristianismo destaca el entrelazamiento entre la fe y la historia, y no sólo al exterior sino desde sus mismos orígenes y por su estructura interna. El problema de la fe y la historia se depositó, como quien dice, en la cuna

misma del cristianismo. Porque Jesucristo es una figura histórica que sólo alcanzó su influencia universal mediante la fe en que él sigue viviendo junto a Dios, mediante la fe en la resurrección del Crucificado. Al problema de las relaciones entre el histórico Jesús de Nazaret y el Cristo de la fe, que desde hace más de doscientos años, a partir de la Ilustración, domina las investigaciones científicas y el debate acerca de la fe, se dedica también la presente obra, aunque con un nuevo enfoque, que parte de que no es posible conocer ni escudriñar al Jesús «histórico», y que se vuelve a la visión que tuvieron de él los evangelistas, cada uno de los cuales proyectó una particular imagen de Jesucristo.

1. JESÚS DE NAZARET — JESÚS EL CRISTO (JESUCRISTO)

Una pregunta que siempre conmociona es la que pretende saber quién fue el Jesús de Nazaret que aparece como figura histórica al comienzo de nuestra era. Tan sólo dos o tres años actuó en público, anduvo itinerante a través del pequeño país de Galilea, proclamó su mensaje, el «evangelio», curó enfermos y realizó acciones asombrosas. Atrajo en torno suyo a grandes multitudes y reunió discípulos a su alrededor. Pero también suscitó contradicción entre los dirigentes de su pueblo, los cuales finalmente le llevaron a la muerte. Nunca nos imaginaremos bastante lo limitado que fue el tiempo de la actuación de Jesús en público. Durante unos treinta años vivió en el seno de una familia de artesanos en la insignificante ciudad de Nazaret; después se acercó al Jordán e hizo que Juan el Bautista le bautizara. Pero no se quedó en el movimiento de penitencia originado por el predicador del desierto, sino que se presentó en público con un mensaje propio de salvación: «El tiempo se ha cumplido y el reino de Dios está cerca. ¡Arrepentíos y creed en el evangelio!» (Mc 1,15). Su predicación era como una chispa que encendía la llama y que tuvo inmensa repercusión, sobre todo después de su muerte, cuando sus discípulos proclamaban al Crucificado como el Resucitado por Dios y el destinado por él como el Salvador. Jesús no permaneció en la muerte, sino que fue un Viviente, una persona que sigue viviendo junto a Dios en favor de los hombres. Desde entonces obtuvo el título de

honor de «Jesús el Cristo» (Jesucristo). El nombre compuesto fue en sus orígenes una confesión de fe: Jesús de Nazaret es el «Ungido», el Cristo, el Mesías¹. Acerca de este Cristo confiesa así una antigua fórmula de fe: «Cristo murió por nuestros pecados conforme a las Escrituras, ... y se apareció a Cefas y después a los Doce» (1Cor 15,3-5). Tal es el «evangelio», el mensaje de salvación que Pablo recoge (1Cor 15,1s) y proclama para la salvación de los hombres. Ésta, y sólo ésta, es la historia íntegra de Jesús de Nazaret, la «Historia de un Viviente»². Tan sólo la continuidad de la acción terrena de Jesús desarrollada en su cruz y en su resurrección desencadenó en la historia universal el movimiento que denominamos el «cristianismo» y que arrastra hasta el día de hoy a millones de personas hasta una fe que determina su vida y las mueve a realizar actos que cambian la faz de la tierra.

Jesucristo es el origen y al mismo tiempo el foco de la fe cristiana. Cuando le llamamos el «fundador de una religión», eso no es más que una caracterización muy externa y completamente insuficiente de su significado. Se le contempla entonces en una misma serie con otros «fundadores de religiones» como Moisés, Mahoma, Zaratustra y Buda; pero no se capta la influencia viva que de él dimana y que sigue haciendo de él una figura inconfundible. Para ello son decisivas

1. M. Karrer, *Der Gesalbte. Die Grundlagen des Christustitels*, FRLANT 151 (Gotinga 1990) es una profunda investigación acerca del origen del título de Cristo. Según él, la designación «el Cristo» no procede de la expectación de un Mesías soberano (de un monarca), ni tampoco de un Mesías sacerdotal, sino que, como lo prueba un abundante material sobre lo que era la unción, se entiende por el Ungido a Aquel que se halla singularísimamente cerca de Dios, a Aquel que está unido con Dios de manera sin igual, y a Aquel que en su muerte se sacrificó por Dios y por los hombres.

2. Cf. E. Schillebeeckx, *Jesús. La Historia de un Viviente* (Madrid 1981); H. Kessler, *Sucht den Lebenden nicht bei den Toten. Die Auferstehung Jesu in biblischer, fundamentaltheologischer und systematischer Sicht* (Düsseldorf 1985), esp. 311-362: El Crucificado resucitado como centro y paradigma de la fe cristiana; «el que se aferra a él, al Terrenal, al Crucificado y al Exaltado, encuentra la plenitud y la totalidad de la vida» (356). La pregunta que quiere aclaraciones históricas se orienta hacia el Jesús *pretérito* y no es capaz de hacerle *presente* y vivo. El Señor crucificado y exaltado «no es tampoco un Cristo “celestial” aislado, sino que es el viviente *Christus praesens*» (364).

ambas cosas: su actuación terrena, sus palabras y actos, y su suerte, la horrible muerte en la cruz, que —según la fe de sus adeptos— conduce a la resurrección. Tan sólo las dos cosas juntas nos ofrecen una imagen acertada de «Jesús el Cristo» (Jesucristo), porque el Jesús terrenal no puede comprenderse sin el Cristo resucitado, y para la Iglesia primitiva el Crucificado y Resucitado no es otro que el Jesús de Nazaret que actuaba en la tierra. Claro que en esta asociación entre la manifestación histórica y la presencia suprahistórica captada en la fe y que sigue actuando a través de los tiempos, hay una tensión: ¿cómo puede hacerse que se unan y se ajusten los datos históricos, concretos y singulares, con la fe que descansa sobre un nuevo plano de comprensión? Para la fe está bien claro: «Jesucristo es el mismo ayer, hoy, y por los siglos» (Heb 13,8). ¿Pero Jesús el Cristo (Jesucristo) es el mismo que el Jesús de Nazaret que aparece en los evangelios? ¿El Cristo proclamado es el mismo que el Jesús que proclamaba según los evangelios? ¿Entre el Jesús que encontramos en los evangelios y el Crucificado-Resucitado no hay un «ancho y feo foso», como se afirma desde los tiempos de la Ilustración? Es sorprendente que Pablo, que no conoció a Jesús según la carne, edifique toda su proclamación sobre el hecho de la cruz y la resurrección de Jesucristo, es decir, pueda arreglárselas casi sin echar una mirada retrospectiva al Jesús histórico. ¿No sucederá entonces que todo lo que podemos saber y queremos saber acerca de Jesús, quede absorbido por esa proclamación, por el kerigma?

Durante siglos esto no fue ningún problema para la fe cristiana. Lo que Jesús proclamó son las palabras del Hijo de Dios encarnado; hay que aceptarlas y realizarlas como revelación divina en su sentido manifiesto. ¿Pero su sentido será siempre tan claro? ¿Y serán las palabras reales del Jesús histórico? ¿No surge con ello otra imagen de Jesús, el cual vivió y actuó mucho más sencillamente como hombre entre los hombres de su tiempo? La «autoridad» de Jesús en sus discursos, en su exposición de la ley (Mc 1,22; Mt 7,29), en el perdón de los pecados (Mc 2,10), en la curación de enfermos (Mc 1,27; 3,15; 6,7; cf. 6,55s, etc.) es la autoridad del Exaltado a la derecha de Dios (cf. Mt 28,18). Su acción de caminar sobre las olas (Mc 6,45-52) y su trasfiguración en lo alto del monte (Mc 9,2-10) se narran como historias de epifanía, detrás de las cuales se halla la fe en el Resucitado. Por

eso, a los testigos de la trasfiguración se les encarga que no digan nada a nadie acerca de aquella manifestación, hasta que el Hijo del hombre haya resucitado de entre los muertos (Mc 9,9; Mt 17,9). El camino hacia el sufrimiento y la muerte está inmerso en la luz de la resurrección (Mc 8,31; 9,31; 10,33). ¿No habrá que quitar el retoque de fe que recubre la imagen de Jesús para ver así al verdadero Jesús histórico? En el fondo, todo el Evangelio de Marcos es un libro de «secretas epifanías» (Martin Dibelius), en las que el Hijo de Dios se revela a la mirada de la fe y sólo a ella. Todo lo narrado y lo transmitido se encuentra tan densamente entrelazado con la respuesta de fe dada por la comunidad, que lo que sucedió antaño no es posible desligarlo de esa respuesta. Sin una actitud creyente y abierta, con la que una persona sabe que las palabras de Jesús están dirigidas a él, que comprende que los actos de Jesús son actos que le afectan a él, que entiende el camino de Jesús hacia la pasión y la muerte como algo que le concierne a él y le impone una exigencia, sin esa actitud —digo— todo lo que los Evangelios narran acerca de Jesús permanecerá como una cosa extraña, lejana, incomprensible. Sin la fe nos encontramos ante una barrera acústica, tropezamos con enigmas y oscuridades, como les sucede a los discípulos según la exposición de Marcos, que no son capaces de comprender y que, por su ceguera y sordera, son reprendidos por Jesús, quien les dice que tienen un corazón endurecido (6,52; 8,17s). El que se acerca a Jesús con la fría distancia del historiador, no podrá responder a la pregunta acerca del misterio de la persona de Jesús, de la fuerza radiante que de él dimana, del poder vivificador de sus palabras y actos, de la arrebatadora violencia de su pasión y muerte.

Sin embargo, el empeño por conocer a Jesús en su manifestación histórica, por captar sus palabras y actos reales, no puede considerarse como un empeño desencaminado y errado. Si sólo existiera el mensaje del Crucificado y Resucitado, surgiría el peligro de una idealización de su persona, de una mitización, de una especulación intelectual. La confesión de fe corre peligro entonces de perder el terreno firme bajo sus pies. La Iglesia primitiva fue plenamente consciente de ello. Porque ella quería precisamente transmitir como encargo del Resucitado lo que Jesús había proclamado y enseñado, a fin de ganar así para la fe en Jesús al mundo de las naciones. «¡Enseñadlas a guardar todo lo que yo os he mandado!» (Mt 28,20). Jesús de Nazaret, el Cru-

cificado, era para ella el Mesías y el Señor (Act 2,36), y ningún otro. Y de ese Jesús, crucificado en tiempo de Poncio Pilato, se aguardaba el perdón de los pecados (Act 2,38; 3,18s; 13,38).

Desde que se percibió aquel foso entre el Jesús que proclamaba y el Cristo proclamado, surgió el empeño por desligar a Jesús de Nazaret de todo recubrimiento dogmático y dejarlo al descubierto en su figura histórica. Basándose en las fuentes, y a pesar de su insuficiencia, se quiso contemplar al Jesús «histórico» real y deslindarlo del Cristo de la fe. Desde Hermann Samuel Reimarus, quien —como autor— se halla detrás de la obra publicada por Gotthold Ephraim Lessing titulada *Wolfenbüttelschen Fragmenten* (Fragmentos de Wolfenbüttel, 1778), se originó la «investigación sobre la vida de Jesús» y dominó todo el siglo XIX. Pero ésta no condujo a resultados convincentes, sino tan sólo a diferentes imágenes de Jesús, determinadas subjetivamente y proyectadas a base de presupuestos ideológicos. Este denodado empeño de investigación tenía que fracasar, porque los Evangelios no son escritos orientados predominantemente en sentido histórico, sino que todo lo transmitido históricamente lo integran en seguida en la imagen de fe acerca de Jesús el Cristo (Jesucristo). El Jesús histórico está ligado a la confesión de fe en Jesús el Cristo. Albert Schweitzer describió en una brillante exposición la historia de la *Leben-Jesu-Forschung* (La investigación sobre la vida de Jesús). En su consideración final escribe lo siguiente: «Ya no existe el fundamento histórico del cristianismo, tal como lo presentaron la teología racionalista, la teología liberal y la teología moderna, pero esto no significa que el cristianismo haya perdido fundamento histórico ... Jesús es algo para nosotros, porque una vigorosa corriente intelectual brotó de él y baña también nuestro tiempo. Esta realidad no queda sacudida ni consolidada por el conocimiento histórico»³. Claro que A. Schweitzer mismo proyectó una imagen de Jesús que partía de que Jesús había esperado como inminente la llegada del reino de Dios: una imagen que no hace justicia a los textos. Jesús habría proclamado una «ética de interinidad» que exigiría muchísimo al individuo en vista de lo apremiante del tiempo antes del fin. Sería una ética de servicio y de penitencia,

3. A. Schweitzer, *Geschichte der Leben-Jesu-Forschung* (Tubinga ⁶1951) 632; (*Investigación sobre la vida de Jesús*, Valencia 1990).

que por su esencia era individualista y negadora del mundo. La concepción, impulsada por la «escatología consecuente» (Johannes Weiss), exagera la orientación escatológica, correcta en sí, del reinado de Dios reduciéndola a un límite temporal (algo que habría de suceder todavía en tiempo de Jesús) y desestima la referencia colectiva de la predicación de Jesús al pueblo de Dios y el carácter cósmico y universal del reinado de Dios. Ahora bien, la ética de Jesús, de ingentes exigencias, que sitúa sin miramientos al hombre en presencia de Dios, Schweitzer la recogió vigorosamente y trató de realizarla en su propia vida, viviéndola como médico de la selva virgen («el respeto a la vida»).

La subsiguiente labor de investigación que edificó sobre las ruinas de la investigación sobre la vida de Jesús, no logró abrir el callejón sin salida. William Wrede vio en el Evangelio de Marcos el intento por equiparar al Jesús no-histórico con la convicción cristiana primitiva acerca de Jesús el Cristo, el Mesías e Hijo de Dios⁴. Con ello el «foso» se hizo aún más patente. Después, en la época que siguió a la primera guerra mundial, apareció la visión de los Evangelios desde la perspectiva de la historia de las formas (*Formgeschichte*); se creyó que la mayoría de las palabras de Jesús habían sido plasmadas y modificadas por la fe de la Iglesia primitiva, y se pensó que la mayoría de los hechos referidos acerca de Jesús, especialmente los milagros, eran creaciones de la comunidad (*Gemeindebildungen*). Rudolf Bultmann llegó al resultado de que el material narrativo había sido plasmado legendariamente y que las historias acerca de Jesús tienen en parte su origen en el culto cristiano⁵. Sin embargo, Bultmann escribió una obra acerca de Jesús, en la que toma como fundamento de su exposición la proclamación efectuada por Jesús, tal como había sido recibida y transmitida con sobreformaciones por la comunidad. Acerca de la vida y de la personalidad de Jesús no podríamos saber ya prácticamente nada, porque las fuentes cristianas no se interesaron por ello⁶.

4. W. Wrede, *Das Messiasgeheimnis in den Evangelien. Zugleich ein Beitrag zum Verständnis des Markusevangeliums* (Gotinga 1901, ³1963).

5. R. Bultmann, *Geschichte der synoptischen Tradition* (Gotinga ⁸1970) 260-369.

6. R. Bultmann, *Jesus* (Tubinga 1926 y frecuentes reediciones [1970]) 11.

Por otro lado dice Bultmann: «Aunque sabemos poco acerca de la vida y de la personalidad [de Jesús], sin embargo, de su proclamación sabemos lo suficiente para formarnos de ella una imagen coherente»⁷. Él entiende las enseñanzas éticas de Jesús como un llamamiento a una nueva comprensión de la existencia, por la cual el hombre tiene que entenderse a sí mismo de manera nueva y diferente que hasta entonces y tiene que saber que se le exige una obediencia radical. El reinado de Dios es «un poder que determina por completo el presente, aunque es enteramente futuro. Determina el presente forzando al hombre a la decisión; el hombre, por su decisión, está determinado de una manera o de otra, como elegido o como réprobo, en toda su existencia presente»⁸. Por impresionante que sea esta interpretación existencial, sin embargo surgen dudas de si con ella se hace justicia a la comprensión que Jesús tenía con arreglo a sus presupuestos judíos, principalmente en lo que respecta a la postura ante la ley judía, y también en lo concerniente al reinado de Dios.

Frente a la crítica radical contra la fiabilidad histórica de la tradición acerca de Jesús se alzaron voces de contradicción, dentro mismo de la escuela de Bultmann⁹. Ernst Käsemann ve acertadamente que «los evangelios refieren su kerigma, sea cual fuere lo que se piensa de su origen, precisamente al Jesús terreno y le atribuyen consiguientemente una autoridad insigne que es imposible ignorar. Por muy intensamente que difieran sus concepciones de la historia de Jesús, por muy profundamente que pueda estar oculta la verdadera historia de Jesús bajo su propia predicación, solamente a su interés por esa historia es a lo que debemos su aparición, bajo esa forma que se distingue de manera tan característica del resto del nuevo testamento y de la literatura de la misma época»¹⁰. Con ello se anunciaba en un nuevo plano crítico una investigación sobre Jesús, que preguntaba más intensamente acerca de las relaciones entre «el Jesús histórico y el Cristo kerigmático»¹¹. No es preciso que la sigamos en todos sus deta-

7. *Ibid.* 14.

8. *Ibid.* 46.

9. E. Käsemann, *El problema del Jesús histórico*, en: Id., *Ensayos exegéticos*, Salamanca 1978, 159-187.

10. *Ibid.* 168.

11. Este problema preocupó intensamente a los investigadores durante los

lles. Se perfeccionaron los métodos de investigación. Se indagaron criterios para reconocer la tradición auténtica acerca de Jesús y se entró así en un terreno más firme para conocer las palabras y los actos de Jesús. La «pregunta aclaratoria acerca de Jesús» volvió a ocupar su lugar legítimo¹².

En esta situación de las investigaciones seguimos estando hasta el día de hoy. Se publican sin cesar libros y artículos que estudian el fenómeno del Jesús histórico, de su proclamación y de sus intenciones, y que con ello asocian la cuestión de saber cómo del Jesús histórico salió el Cristo kerigmático, y cómo esa fe de la más temprana cristología se desarrolló y se diferenció hasta llegar a etapas más evolucionadas de la confesión cristológica. Una visión retrospectiva de la investigación sobre Jesús desde 1950 hasta 1980 nos la proporcionan las recensiones de Werner Georg Kümmel sobre la extensa bibliografía acerca de este tema, publicadas en la *Theologische Rundschau*, que ahora se hallan recopiladas en un espléndido volumen¹³. La gran abundancia de publicaciones acerca de todos los aspectos del Jesús de la historia es para él aterradora y apenas se puede abarcar con la mirada. Pero más aterradora aún es la gran abundancia de opiniones que se contradicen unas a otras, que en muchos casos se excluyen mutuamente y que causan la impresión de ser un completo laberinto de opiniones¹⁴. A pesar de todo, Kümmel no duda de la posibilidad de valerse de los medios de la historia crítica para lograr acceso al Jesús de la historia. En el debate sobre los métodos y crite-

años 1950 y 1960. Véase la obra colectiva dirigida por H. Ristow y K. Matthiae, *Der historische Jesus und der kerygmatische Christus* (Berlín 1960); véase además la bibliografía mencionada por W. G. Kümmel, *Dreißig Jahre Jesusforschung (1950-1980)* (Königstein / Taunus-Bonn 1985) 2-5. Pero el debate ha proseguido después.

12. K. Kertelge (dir.), *Rückfrage nach Jesus. Zur Methodik und Bedeutung der Frage nach dem historischen Jesus*, QD 63 (1974) (contribuciones fundamentales de F. Hahn, F. Lentzen-Deis, F. Mussner); Schillebeeckx, *Jesús* (nota 2) 71-91; R. Riesner, *Jesus als Lehrer. Eine Untersuchung zum Ursprung der Evangelien-Überlieferung* (Tubinga ²1984) 87-95; J. Gnllka, *Jesús de Nazaret. Mensaje e historia* (Barcelona 1993) 35-40.

13. W. G. Kümmel, *Jesus-Forschung* (nota 11). Entre tanto se han publicado más informes sobre investigaciones, en: *Theologische Rundschau* 53 (1988) 229-249; 54 (1989) 1-53; 55 (1990) 21-45; 56 (1991) 27-53; 391-420.

14. *Ibid.* 535.

rios para la investigación sobre Jesús se eliminan enfoques equivocados, y las exposiciones unilaterales y tendenciosas se demuestran insostenibles. Kümmel juzga en sentido positivo: a) Es verdad que no puede escribirse una biografía de Jesús; pero podemos conocer que los rasgos principales de la proclamación de Jesús se hallan en dependencia de ideas fundamentales del judaísmo contemporáneo y en confrontación con ellas; además podemos conocer la viva oposición en la que Jesús se vio envuelto con círculos dirigentes de su pueblo, y que finalmente condujo a su muerte violenta. b) Se perfila un consenso acerca de que la proclamación de Jesús está dominada fundamentalmente por la expectación de la llegada del reinado de Dios, cualquiera que sea la manera como se defina el presente y el futuro del reinado de Dios. c) Finalmente, se reconoce ampliamente que la proclamación de Jesús se asienta sobre una absoluta pretensión de autoridad, la cual se halla en conexión con el proclamado reinado *de Dios*¹⁵. Jesús es consciente de su misión por Dios, del encargo que él ha recibido, y de su propia autoridad que se fundamenta en Dios.

Por consiguiente, la exégesis científica, histórico-crítica puede hacer realmente una aportación al conocimiento de la persona de Jesucristo, dilucidando las circunstancias históricas de su aparición y de su actuación en público, haciendo resaltar cuál fue su proclamación en sus rasgos principales y presentando también la pretensión de Jesús respaldada por todo ello¹⁶. No se trata sólo de una imagen de Jesús concebida críticamente, sino que se abre también una puerta hacia la cuestión sobre el Cristo de la fe, aunque nada más. Porque el hecho de traspasar esa puerta es posible únicamente para quien, con la Iglesia primitiva, cree en la resurrección del Jesús crucificado. La pregunta aclaratoria acerca de Jesús es imprescindible para la fe; es un funda-

15. *Ibid.* 540.

16. Sobre las circunstancias históricas cf. G. Bornkamm, *Jesús de Nazaret* (Salamanca 1982) 27-53; K. Schubert, *Die jüdischen Religionsparteien im Zeitalter Jesu*, en: Id., *Der historische Jesus und der Christus unseres Glaubens* (Viena 1962) 15-101; G. Baumbach, *Jesus von Nazareth im Licht der jüdischen Gruppenbildung* (Berlín 1971); J. Jeremias, *Jerusalén en tiempos de Jesús* (Madrid 1977); B. Reicke, *Neutestamentliche Zeitgeschichte. Die biblische Welt 500 v. bis 100 n. Chr.* (Berlín 1965); H. G. Kippenberg y G. A. Wewers, *Textbuch zur neutestamentlichen Zeitgeschichte* (Gotinga 1979); J. Gnllka, *Jesús de Nazaret* (nota 12) 45-93.

mento para la pregunta que propiamente conmociona: ¿Quién es Jesucristo para mí, para la comunidad de los creyentes, para todos los seres humanos? Desde ese punto de observación los evangelistas miran retrospectivamente al Jesús histórico y quieren hacer que resplandezca el significado permanente de Jesús en sus obras y en su destino. No tienen un interés aislado por el Jesús histórico; su mirada está dirigida siempre al Cristo glorificado, al Señor permanente de su comunidad. Él es para ellos Jesús el Cristo, el Mesías prometido y el Hijo de Dios, y esto se hace patente en todas las historias acerca de Jesús. Martin Kähler, que con su obra *Der sogenannte historische Jesus und der geschichtliche, biblische Christus* (1892; ³1953) emprendió un enérgico ataque, aunque insuficiente, contra la investigación sobre Jesús y contra la reducida mirada hacia el Jesús «histórico», escribe así: «¿Qué son los relatos en sí y qué son para nosotros, como ejemplos de cómo él solía actuar, de cómo era él, de cómo es él? En cada gota de la pradera cubierta de rocío se refleja resplandeciente la luz del sol; de la misma manera, en cada breve historia encontramos la plena personalidad de nuestro Señor»¹⁷.

Pero hay que decir más todavía: el Jesús histórico real se sustrae a nuestra mirada y no puede captarse tampoco mediante la investigación histórica crítica. Lo que sale de la investigación proyectada con un gran instrumental de métodos es un constructo logrado según procedimientos que se emplean en general en la ciencia histórica, pero que resultan del todo insuficientes cuando se trata de una figura tan extraordinaria como Jesús de Nazaret: una figura que sólo puede captarse en la fe. Jesús no es precisamente una persona como César, Napoleón u otros grandes personajes de la historia universal que se encuadran en el curso del acontecer del mundo. Jesús rompe y sobrepasa la historia. No es tampoco una figura destacada del pensamiento como Platón, Aristóteles y otros filósofos, sino Alguien que habla desde un horizonte diferente, Alguien que quiere dar respuesta a la pregunta que afecta a todos los seres humanos, a la pregunta acerca del sentido de la existencia humana y de las tareas del vivir humano. Y lo hace

17. M. Kähler, *Der sogenannte historische Jesus und der geschichtliche, biblische Christus*, obra publicada nuevamente bajo la dirección de E. Wolf (Munich 1953) 60s.

desde una visión más profunda del anclaje del ser humano en Dios, de la verdad que tiene su fundamento en Dios (Jn 18,37). El cristianismo primitivo se halla plenamente imbuido de esta convicción. Y, así, todos los textos que poseemos acerca de Jesucristo se asientan en el plano de una comprensión religiosa. Todos los evangelios, lo mismo que la literatura epistolar, presuponen este plano de comunicación. Esto se ve ya en la índole de la exposición, en el *genus literarium* que los evangelistas utilizan para referir la actividad pública de Jesús.

2. EL EVANGELIO

Marcos, el evangelista más antiguo, comienza su exposición con las palabras: «Principio del evangelio de Jesucristo», o también: «Acercade Jesucristo». La adición de «el Hijo de Dios», incierta desde el punto de vista de la crítica textual, habrá que considerarla como original, porque Jesucristo —en el Evangelio de Marcos— destaca precisamente como «(el) Hijo de Dios». La voz de Dios que se escucha con ocasión del bautismo y de la trasfiguración testifica que Jesucristo es el Hijo de Dios (1,11; 9,7); los demonios le confiesan —contra su voluntad y rechazándolo— como «Hijo de Dios (Altísimo)» (3,11; 5,7); en la parábola de los viñadores malvados, Jesús es el «hijo amado» (12,6); el centurión pagano le reconoce, después de la muerte de Jesús, como «verdaderamente» el Hijo de Dios (15,39)¹⁸. Lo del «principio» del Evangelio es objeto de debate. ¿Se indicará con ello el comienzo de la actividad pública de Jesús en asociación con Juan el Bautista (hasta 1,13)? ¿O se pensará en el tiempo hasta la proclamación del evangelio (hasta 1,15)? ¿O lo de «principio» se referirá a toda

18. En general, en las cristologías del NT suele dilucidarse la denominación de «Hijo de Dios» sin tenerse en cuenta especialmente a Marcos. Una perspectiva especial la desarrolla Ph. Vielhauer, *Erwägungen zur Christologie des Markusevangeliums*, en: E. Dinkler (dir.), *Zeit und Geschichte* (Dankesgabe an R. Bultmann) (Tübinga 1964, 155-169: apoteosis del Hijo de Dios en el bautismo, presentación en la trasfiguración, entronización en la cruz. Es una perspectiva impugnabile. Sobre el conjunto véase la monografía de C. R. Kazmierski, *Jesus the Son of God. A Study of the Marcan Tradition and its Redaction by the Evangelist*, FzB 33 (Würzburgo 1979).

la actividad histórica de Jesús hasta su muerte: actividad que luego tiene su continuidad en la proclamación efectuada por la Iglesia? Esto último podría ser lo acertado, de conformidad con otros pasajes en que se habla del «evangelio»; porque el evangelio ha de seguir proclamándose después de Jesús y ha de seguir estando activo (cf. 8,35; 10,29); ha de ser proclamado entre todas las naciones (13,10; cf. 14,9). Finalmente, habrá que preguntarse si en lo de «el inicio» se considera a Jesús como el proclamador del evangelio de Dios (cf. 1,14) (genitivo subjetivo: «evangelio de Jesucristo»), o si él es por excelencia el tema del evangelio (genitivo objetivo: «evangelio acerca de Jesucristo»). En favor de ambas interpretaciones pueden aducirse razones. Para Pablo, la idea dominante es el evangelio acerca de Jesucristo, el Crucificado y Resucitado; ahora bien, como Pablo proclama el evangelio en cuanto «servidor de Dios», se trata ciertamente del «evangelio de Dios» (1 Tes 2,2.8.9; Rom 1,1; 15,16; 2 Cor 11,7). Pero, dado que el Evangelio de Marcos es el estrato más antiguo de la proclamación del evangelio, es obvio, si tenemos en cuenta 1,14, que hay que considerar a Jesús como el proclamador del evangelio de Dios, es decir, como el proclamador de la llegada del reinado de Dios¹⁹.

Ahora bien, la palabra más esclarecedora en esta introducción del Evangelio de Marcos es «el evangelio», que permite reconocer la índole, el género del escrito. Este término designa originalmente, junto con el verbo «proclamar», la proclamación oral del mensaje de salvación, y sólo por el epígrafe de Marcos y por la obra creada por él se convirtió en el concepto para designar a un género literario²⁰. Con esto toda la obra se halla bajo el signo de la llegada del reinado de Dios. El

19. Cf. G. Strecker, *Das Evangelium Jesu Christi*, en: id. (dir.), *Jesus Christus in Historie und Theologie*, FS H. Conzelmann (Tubinga 1975, 503-548, aquí 535-537; G. Dautzenberg, *Die Zeit des Evangeliums. Mk 1,1-15 und die Konzeption des Markusevangeliums*: BZ 21 (1977) 219-234; 22 (1978) 76-91; H. Frankemölle, *Evangelium. Begriff und Gattung. Ein Forschungsbericht*, SBB 15 (Stuttgart 1988) 141-144.

20. Cf. G. Strecker, *Das Evangelium* (nota anterior) 517-523. 524-531; P. Stuhlmacher, *Das paulinische Evangelium*, en: id. (dir.), *Das Evangelium und die Evangelien* (Tubinga 1983) 157-182; H. Merklein, *Zum Verständnis des paulinischen Begriffs «Evangelium»*, en: id., *Studien zu Jesus und Paulus* (Tubinga 1987) 279-295; H. Frankemölle, *Evangelium* (nota anterior) 130-136.

punto de partida para la exposición de Marcos sería la profecía que aparece en Is 52,7: «¡Qué hermosos son sobre los montes los pies del mensajero que anuncia la paz, que trae buenas nuevas, que anuncia salvación, que dice a Sión: “Ya reina tu Dios”!». Este mensajero que anuncia buenas nuevas es —para la Iglesia primitiva— Jesús, aunque no es seguro que Jesús se haya presentado a sí mismo, a la luz de este pasaje de Isaías, como tal mensajero de buenas nuevas²¹.

Hay que tener en cuenta también otro pasaje donde el ungido de Dios dice: «Él me ha enviado a anunciar la buena nueva a los pobres, a vendar los corazones rotos, a pregonar a los cautivos la liberación, y a los reclusos la libertad» (Is 61,1). Este pasaje se cita en la predicación de Jesús en Nazaret, mencionada en Lc 4,18s, y resume la actividad salvífica de Jesús. No es fácil dilucidar el origen y la historia de las tradiciones en relación con el sustantivo «evangelio»²². No se puede probar que el término dependa del lenguaje helenístico y romano (la veneración del soberano, el culto al emperador); lo que se puede probar es la recepción cristiana del verbo, tomado del lenguaje del Deuteroisaiás. Cualquiera que sea la manera en que se llegó a la recepción del concepto «evangelio», la aceptación de este término por Marcos tiene considerables consecuencias para la comprensión de su obra. Ésta surgió en un tiempo en que la distancia temporal con respecto a la predicación de Jesús exigía una fijación para las necesidades misioneras y catequéticas de la Iglesia primitiva. Esto se efectuó en un texto que recopila las tradiciones acerca de Jesús y, al mismo tiempo, proyecta sobre ellas la luz de la fe en Cristo. Si queremos comprender la índole específica de esa peculiar exposición literaria, que estimuló e influyó también en los subsiguientes Evangelios de Mateo, Lucas y Juan, entonces tendremos que aclarar todavía lo siguiente:

21. Cf. H. Frankemölle, *Jesus als deuterojesajanischer Freudenbote? Zur Rezeption von Jes 52,7 ybd 61,1 im Neuen Testament, durch Jesus und in den Targumim*, en: H. Frankemölle — K. Kertelge (dirs.), *Vom Urchristentum zu Jesus*, FS J. Gnilka (Friburgo-Basilea-Viena 1989) 34-67.

22. Véase la monografía de H. Frankemölle, *Evangelium* (nota 19) 204-214.

1. El «evangelio» no es una biografía de Jesús según el modelo de las vidas de personas ilustres escritas en la antigüedad²³; no es tampoco una producción literaria que pueda asignarse al género de las «memorias», en las cuales se recogían los recuerdos de la vida de grandes varones; finalmente, no es tampoco el relato que enumera y ensalza las hazañas de «taumaturgos» (aretalogía). No es en absoluto una obra que pretenda glorificar al hombre Jesús. Es una «historiografía kerigmática».

2. El «evangelio» se propone mostrar la acción de Dios en Jesús y con Jesús: una acción que conduce a la liberación de los hombres de su opresión interna y de su calamidad externa. Se trata del perdón de pecados, de la curación de enfermedades, de la victoria sobre poderes dañinos y malvados (exorcismos de demonios). Todo lo que se hace tiene su origen en Dios; Jesús es sólo la representación de la voluntad salvífica y del poder salvífico de Dios, el ejecutor del plan de Dios, el brazo eficaz de su acción en el mundo.

3. Por eso, no se traza tampoco una «imagen de la personalidad» de Jesús. No se nos dice nada sobre su apariencia externa. De vez en cuando se mencionan algunas emociones de Jesús (compasión, misericordia, ira), pero no para describirnos sus pasiones humanas, sino para poner de relieve la humanidad y la compenetración humana de Jesús, acordes con su misión. Él tiene misericordia hacia las personas que se acercan a él con confianza; siente ira contra los que menosprecian y tratan de reprimir su actividad salvífica. Él vino, no para llamar a los justos, sino a los pecadores (Mc 2,17), para salvar la vida y no para destruirla (3,4).

4. Se dedica especial atención a la pasión y muerte de Jesús. La historia de la pasión se expone detalladamente (capítulos 14-15), en una forma pensada teológicamente según el modelo del justo que padece, pero que, en su confianza y en su obediencia, es protegido por Dios y es finalmente justificado y exaltado. El camino hacia la cruz

23. Ph.-L. Shuler, *The Genre(s) of the Gospels*, en: D. L. Dungen (dir.), *The Interrelations of the Gospels*, Jerusalem Symposion (Lovaina 1990) 459-483, ha intentado recientemente probar de nuevo la afinidad del «evangelio» con las biografías helenísticas; pero eso es cuestionable, véase la réplica de P. Stuhlmacher *ibid.* 484-494 con más bibliografía.

aparece firmemente desde el principio (cf. 2,20) y domina de tal modo el pensamiento, que a los Evangelios podríamos llamarlos «historias de la pasión con una detallada introducción»²⁴.

5. Con la mirada puesta en Jesús se asocia inmediatamente la mirada puesta en la comunidad de fe, la cual sigue a Jesús en su camino. Programáticamente, después del anuncio del camino de Jesús hacia su pasión y su muerte, se formula la exhortación: «El que quiera venir en pos de mí, ¡niéguese a sí mismo, tome su cruz y sígame!» (Mc 8,34). En este contexto Marcos menciona el «evangelio»: «El que pierda su vida por causa de mí y del evangelio, la salvará» (8,35). El evangelio es una interpelación dirigida a la comunidad, sobre todo en lo que respecta a las exigencias morales que proceden de Jesús.

6. También queda integrado el culto de la comunidad. La Última Cena con la institución de la eucaristía (Mc 14,22-25) es un importante acontecimiento antes de la pasión: un acontecimiento que continúa en la comunidad como conmemoración permanente de la muerte de Jesús y como esperanza del cumplimiento en el reino de Dios. Asimismo, la vida de oración de la comunidad fructifica mediante las palabras de Jesús acerca de la oración que está segura de ser escuchada (11,23-25).

7. Repetidas veces se encuentran perspectivas sobre la venida del Hijo del hombre (8,38; 13,26; 14,62), el cual —en la comprensión de la comunidad— no es otro que Jesús. La perspectiva escatológica es el complemento necesario de la actividad presente de Jesús; tan sólo en el futuro se consuma el reinado de Dios.

En conjunto se ve que el «evangelio» es un género de índole muy especial, difícilmente comparable con otras producciones literarias de aquella época. Emergió de la actividad de Jesús, nació del Espíritu de Jesús, y se desarrolla con miras a Jesús, el terreno y el que sigue viviendo junto a Dios y se halla presente en su comunidad. El evangelio no sólo mantiene el recuerdo de Jesús, sino que se rige por Aquel que vino, no para hacer que le sirvieran, sino para servir y entregar su vida como rescate por muchos (Mc 10,45). En esta exposición, la figura de Jesús no se hace comprensible sino en su entrega a los hombres, en esa «existencia» de Jesús «en favor» de ellos.

24. M. Kähler, *Der sog. historische Jesus* (nota 17) 60.

Hasta ahora no hemos contemplado más que el Evangelio de Marcos. En los otros tres Evangelios, Jesús resalta con una acentuación distinta, con nuevos rasgos. La vida de Jesús se amplía en los antecedentes relatados por Mateo (Mt 1-2) y en la historia de la infancia narrada por Lucas (Lc 1-2) y halla una continuidad en las apariciones del Resucitado. Cada evangelista da a la imagen de Jesús un colorido propio, según los presupuestos que condujeron a cada uno de ellos a la composición del correspondiente Evangelio, y según las propias inclinaciones que le impulsaron. En el diálogo con los contemporáneos, en el entorno cultural se van formando determinados tipos de escritos evangélicos. No es lo mismo que la fe cristiana se exprese en un ambiente palestinese o en un entorno judeo-helenístico o en contacto con el mundo pagano. Vamos a estudiar esos tipos de presentación de Cristo; para ello, los ejemplos más destacados son los cuatro Evangelios. También tendremos en cuenta al Evangelio de Juan, al igual que los Sinópticos, a pesar de que Bultmann quiere descartar al Evangelio de Juan como fuente para conocer la proclamación de Jesús²⁵. Prescindiendo de que en él pueden haberse conservado tradiciones especiales acerca de la actividad de Jesús²⁶, en el Evangelio de Juan se refleja de manera propia la imagen de Cristo, y se pone de relieve de manera intensísima la autoridad que Jesús reclama para sí y se muestra el poder permanente de la palabra de Jesús para todos los creyentes. La actividad terrena de Jesús se halla integrada en una visión cristológica que hace que el Cristo glorificado realice ya en la tierra «signos» profundamente significativos, y que pronuncie discursos que sobrepasan con mucho las palabras pronunciadas antaño por Jesús. Los cuatro Evangelios no trazan «imágenes del personaje» Jesús, sino imágenes de fe, que, al contemplar retrospectivamente a Jesús, retienen su actuación histórica y su camino hasta la cruz, y reflejan el esplendor del Resucitado y Glorificado.

25. Bultmann, *Jesus* (nota 6) 15.

26. Cf. C. H. Dodd, *Historical Tradition in the Fourth Gospel* (Cambridge - Nueva York 1963); B. Lindars, *Behind the Fourth Gospel* (Londres 1971); G. Schille, *Traditionsgut im vierten Evangelium*, en: «Theol. Versuche» 12 (1981) 77-89; B. Schwank, *Ortskenntnisse im vierten Evangelium?*, en: «Erbe und Auftrag» 47 (1981) 427-442.

3. EL «EVANGELIO EN CUATRO FORMAS»

Ireneo de Lyon († 202) dice que los cuatro Evangelios canónicos son el «Evangelio en cuatro formas»²⁷. No habría ni más ni menos que esos cuatro Evangelios, lo mismo que hay cuatro regiones del cielo en las que nos encontramos, y cuatro espíritus universales. La Iglesia está difundida por toda la tierra, y el Evangelio es la columna y fundamento de la Iglesia, el Espíritu de vida. En consonancia con ello, la Iglesia tendría cuatro columnas que desde todas partes irradian lo imperecedero y vivifican a los hombres. El *Logos*, el Fundador del mundo, que tiene su trono sobre los querubines, que mantiene la cohesión del universo y se manifestó a los hombres, nos proporcionó un Evangelio en cuatro formas, que mantiene su cohesión en un solo Espíritu. Luego Ireneo alude a la visión de Ezequiel acerca de los cuatro seres vivientes, que tenían diferentes rostros: rostro de hombre, rostro de león, rostro de toro y rostro de águila (Ez 1,10); son los cuatro querubines, tal como quedaron descritos en la visión del carro que sirve de trono a Dios, aunque con diferente designación de los rostros (Ez 10,14). Ireneo se refiere a los cuatro rostros de Ez 1,10 y atribuye a cada evangelista una figura simbólica: a Juan la figura del león, a Lucas la del toro, a Mateo la del hombre, y a Marcos la del águila. Por tanto, su asignación difiere de la interpretación posterior, según la cual el león le corresponde a Marcos y el águila a Juan. Así que, partiendo de los cuatro Evangelios, que fueron recibidos en el canon del Nuevo Testamento, Ireneo llega a una visión simbólica, en la cual el número «cuatro» se ajusta incluso al plan de Dios sobre los mundos, a los cuatro puntos cardinales.

Con respecto a los símbolos de los cuatro evangelistas, el obispo de Lyon tiene su propia interpretación para cada uno de ellos: el león (Juan) simboliza la fuerza activa, el poder de dirección en un puesto regio; el toro (Lucas) se refiere a los sacrificios y al sacerdocio; el hombre (Mateo), a la manifestación humana; el águila (Marcos), al Espíritu que se difunde sobre toda la Iglesia. Los Evangelios coinciden en que en todos ellos Cristo habita y posee su trono; los animales tienen cuatro rostros; cuatro formas tiene el Evangelio;

27. *Adv. haereses* III, 11, 8 (Harvey II, 46-50).